

Jerséis

La voluntad. El tesón. La entereza. El amor y la ternura. Sobre todo, el amor y la ternura. Esos vínculos que mantienen viva la esperanza de que algún día todo vuelva a ser como antes, que estos años solo hayan sido una pesadilla que se quede en una anécdota. Sin embargo, sabes que una realidad cruel, consistente, demoledora, ya dictó su sentencia años atrás cuando llegaron los días oscuros, cuando a Sebastián, después de casi medio siglo de trabajo abnegado, dedicado en cuerpo y alma a sacar adelante el taller de costura, su sueño, le diagnosticaron aquella enfermedad degenerativa contra la que, cada uno a su manera, seguís luchando, una lucha que tiene sentido gracias a los jerséis, esas prendas de lana de oveja que hace y deshace con una vitalidad impropia de su estado vegetativo como si estuviera poseído por el espíritu de una Penélope enérgica, ajena al desaliento, unos jerséis que, cuando lo estima oportuno, atesora en los puntos más inverosímiles de vuestra casa.

Cada semana le abasteces de ovillos de diversos colores. Le gusta improvisar, arriesgar con la mezcla de tonalidades que nadie se atrevería a combinar y crear terminaciones de mangas y cuellos novedosos. Como ha hecho toda su vida, escapar de esos estereotipos que, desde la infancia, parecían dictar una sentencia desigual e injusta, como si sus gestos amanerados, desencantadoramente femeninos, pudieran facultar a los que le rodeaban a tratarle con repugnancia y una altivez desagradable e inmoral. ¿Por qué solo podían aprender a coser las niñas? ¿Por qué quienes decían ser sus amigos le llamaban *mariquita* y le daban de lado por el simple hecho de mostrar interés por todo aquello relacionado con el punto y la costura? ¿Por qué cuando ya fue adolescente y confesó su sueño de querer ser modisto todas las personas que le conocían menos tú vieron en él señales de fragilidad e incluso de alguna enfermedad incurable? ¿Por qué tanto odio hacia él? Son preguntas que, lejos de nacer con una intención recriminadora, censuradora, pretenden aliviar la onerosa carga que supone vivir rodeada de ingratitud e incluso de una insolidaridad que, a pesar de que en el fondo siempre haya estado ahí, no ha sido capaz de dilapidar su ilusión, sus anhelos, vuestras convicciones.

–Madre, ¿le gusta el jersey que le hecho a padre? –te pregunta siempre con la ilusión de un niño cuando pone el punto final a una nueva prenda. Busca tu aprobación.

Aunque tú no seas su madre. Aunque no recuerde que tu nombre es Paloma y lleváis casados cincuenta y dos años.

–Me encanta –respondes acariciando su mejilla arrebolada, queriéndole con sinceridad, sin fisuras, sin fingimientos, haciendo un gran esfuerzo para contener las lágrimas, para que no perciba la vulnerabilidad inherente a la condición humana.

A veces acata tu comentario como una sentencia válida para salvar de la destrucción su nueva creación y otras, sin embargo, sin que su comportamiento responda a una razón coherente, percibiendo quién sabe qué extraño e incomprensible matiz, deshace en unos minutos, como si sus músculos respondieran a los impulsos de un autómata fuera de sí, lo que tan pacientemente ha elaborado durante varias jornadas de trabajo y esfuerzo. Pero ante todo, siempre prevalecen el amor y la ternura. Ese amor y esa ternura con los que él siempre se ha entregado a un oficio en el que sus detractores han visto señales de falta de virilidad, de hombría, estigmas con los que ha tenido que convivir y con mayor motivo desde que a ti te diagnosticaron una esterilidad que os impidió tener esos hijos con los que, desde vuestro noviazgo siempre soñabais, esos hijos que irradiarían un fulgor especial a vuestros días.

–Voy a decir a todo el mundo que no es por tu culpa –le dijiste un día al borde de la desesperación, del abismo, cuando la depresión campaba a sus anchas por tu ánimo herido y se empeñaba en querer limitar tus esperanzas y esa felicidad conyugal a la que aspirabais.

–Paloma, no te equivoques. Aquí no hay culpables. No me importa lo que piense la gente. Solamente me importa que tú y yo seamos felices.

Por estos gestos de amor de una sinceridad tan noble e íntegra sabes que tienes que ser fuerte, que no puedes desfallecer, que tienes que infundirle ánimo, que tienes que traerle tantos ovillos de lana como sean necesarios para que su ilusión no desfallezca, para que tal vez algún día todo vuelva a ser como antes, como cuando dirigía aquel taller de costura que quedó congelado en el tiempo, como su sonrisa, como tu ilusión, aunque en una sociedad más justa e igualitaria en la que a nadie se le señale por el mero hecho de ejercer una determinada profesión o perseguir un sueño concreto.